

CAVANILLES Y VIERA Y CLAVIJO EN PARÍS

por

JUAN A. RÍOS CARRATALÁ

La avalancha de estudios publicados con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa ha confirmado el interés de los testimonios directos de sus protagonistas. Esta circunstancia ha propiciado el análisis de las actividades de los pocos españoles presentes por entonces en París y los testimonios que nos han dejado. Esta línea de investigación es positiva, sobre todo cuando se centra en personajes de la talla de José Marchena (1). Sin embargo, en ocasiones tiende a confirmar una imagen de la Francia revolucionaria que por conocida puede resultarnos obvia. La presión de los acontecimientos deja poco margen a los testigos, que casi se ven obligados a dirigir su mirada hacia una convulsión histórica ante la cual era difícil permanecer ajeno. Podríamos decir, pues, que dentro de la complejidad y riqueza de los sucesos de aquel período se da una focalización que hace converger todas las miradas de los testigos, en este caso españoles. De ahí lo reiterativo no de sus visiones, pero sí de los centros de atención de las mismas. Hay unas evidentes diferencias entre el temor de Moratín en 1792, la preocupación política del conde de Fernán Núñez (2) y el compromiso activo del citado José Marchena. Sin embargo, todos giran alrededor de unos mismos acontecimientos y dichas diferencias provienen de las circunstancias personales de los testigos.

El margen de los centros de interés de un testigo extranjero aumenta cuando conoce un país no tan marcado o convulsionado por unos acontecimientos concretos. Ese testigo goza de una relativa mayor libertad en una

(1) Véase J. F. FUENTES, *José Marchena*, Barcelona, Crítica, 1989.

(2) Véase, por ejemplo, el clásico estudio de A. MOUSSET, *Un témoin ignoré de la Révolution: le comte de Fernán Núñez, ambassadeur d'Espagne à Paris (1787-1791)*, París, E. Champion 1923, especialmente las pp. 37-60 y JOSÉ CEPEDA ADÁN, "Dos testigos de la Revolución francesa. El conde de FERNÁN NÚÑEZ y PABLO DE OLAVIDE", *Repercusiones de la Revolución francesa en España. Actas del Congreso de Madrid*, Madrid, Univ. Complutense, 1990, pp. 623-644.

sociedad normalizada, dentro de lo que cabe. Por esa razón, y otras que explicaré, he seleccionado los testimonios de dos abates españoles que vivieron en París durante los años previos a la Revolución, teniendo la oportunidad uno de ellos de ver los primeros días de la misma. Me estoy refiriendo a José Viera y Clavijo y Antonio José Cavanilles, los cuales nos dejaron una correspondencia y unos diarios de viaje (3) donde encontramos rasgos de una peculiar imagen del París prerrevolucionario; dando a este último término un sentido histórico a posteriori, pues ese carácter no se deduce jamás de sus citados testimonios.

Tanto Viera como Cavanilles pertenecen a la minoría más culta e ilustrada de la España dieciochesca. Ambos tenían importantes inquietudes intelectuales y científicas, así como un talante refinado y elegante. Estas circunstancias les impulsaron a tomar un contacto activo con la cultura francesa (4), a veces en contraposición con un panorama español dominado por la mediocridad. No me gusta el término de "afrancesados" y hay datos en ambas biografías que impiden su utilización (5), pero sí se da una predisposición favorable a ser partícipes de la riqueza del mundo cultural parisino, dentro de una actitud similar a la del Duque de Almodóvar (6). Estamos, en

- (3) CAVANILLES, *Cartas a José Viera y Clavijo*, ed. A. Cioranescu, Aula de Cultura de Tenerife, 1981; Viera y Clavijo, *Apuntes del Diario e itinerario de mi viaje a Francia y a Flandes*, Tenerife, Imp. Isleña, 1849; *ibíd.*, *Extracto de los apuntes del Diario de mi viaje a Italia y Alemania*, Tenerife, Imp. Isleña, 1849. Del mismo Viera, y dentro de la literatura de viajes, es la excelente obra *Viaje a la Mancha* (1774) (ed. A. Cioranescu, Madrid, Aula de Cultura de Tenerife, 1976), donde evita la excesiva frialdad y afán notarial de los cuadernos de viaje por Europa (véase E. F. HELMAN, "Viajes de español por la España del siglo XVIII", *N.R.F.H.*, 3-4 (1953), pp. 618-629). Curiosamente este libro es anterior a su lectura de los principales relatos de los viajeros ilustrados que conoció en París y siguió recibiendo gracias a CAVANILLES. Lo que ganó en rigor y metodología, lo perdió en gracia literaria.
- (4) Véase, A. CIORANESCU, "Viera y Clavijo y la cultura francesa", en *Estudios de literatura española y comparada*, Univ. de La Laguna, 1954, pp. 205-248, donde se hace un análisis de sus numerosas traducciones de obras francesas; E. ROMEU PALAZUELOS, *Biografía de Viera y Clavijo a través de sus obras*, Aula de Cultura de Tenerife, 1981 y J. BLANCO MONTESDEOCA, "Biografía de JOSÉ VIERA Y CLAVIJO", en *Extractos de las Actas de la Real Sociedad Económica de amigos del País de las Palmas (1777-1790)*, Madrid, R.S.E.A.P.L.P., 1981, pp. 13-45.
- (5) Recuérdese la intervención de CAVANILLES en la polémica desatada por "el bárbaro Mason": *Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie*, París, Alex Jombert, 1784; texto -cuya génesis está detallada en el epistolario con Viera- de interés bastante limitado, con opiniones contrarias a veces a las expuestas en sus cartas y oportunista, tal y como se puede deducir de las referencias al mismo que encontramos en la citada correspondencia. LUIGI SORRENTO también pone de relieve las limitaciones del texto de CAVANILLES (*Francia e Spagna nel Settecento. Battaglie e sorgenti di idee*, Milán, Ed. Vita e Pensiero, 1928, pp. 119-126).
- (6) Véase su interesante *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia*, Madrid, A. de Sancha, 1781, la cual -aparte de la coincidencia en el tiempo-, muestra una misma actitud abierta y ponderada ante la cultura francesa, aunque sus conclusiones sean mucho más ricas que las deducibles de los textos de VIERA y CAVANILLES.

todo caso, ante un afrancesamiento culto de dos sujetos preocupados por los más variados temas. Ambos quieren conocer en el sentido pleno de la palabra y para ellos París —un “paraíso encantado”, según Cavanilles— es el centro del conocimiento. De ahí sus enormes expectativas cuando en 1777 llegaron a la capital francesa como instructores de los hijos de dos familias de la gran nobleza española, la del Conde de Saldaña y la del Marqués del Viso.

Tales expectativas se apoyan en la sólida formación previa de ambos abates. Si recordamos los requisitos habituales para ser un buen viajero ilustrado (7), observamos que tanto Viera como Cavanilles conocían previamente su país, estaban preparados para no ser deslumbrados por las falsas apariencias, deseaban aprender para aplicar sus conocimientos a la mejora de España y para ello contaban con una amplia información acerca de la nación que iban a visitar. Reunidos tales requisitos sólo les faltaba parecerse a un “abbé” y, nada más pasar la frontera, cambiaron su “aspecto barroco” acudiendo a los servicios de un peluquero francés que les “peinó y rizó al uso de los abates de Francia”.

Una vez transformados en elegantes eclesiásticos de la noble comitiva que se dirigía a París, su enorme tarea comienza. Como viajeros ilustrados, y aparte de las labores propias de su condición de instructores, se plantearon unos objetivos muy concretos. Tal vez no fueran tan meticulosos y exhaustivos —en sus muy acotados campos de observación— como Antonio Ponz (8) o el marqués de Ureña (9) en sus viajes a Francia y otros países realizados también por aquel entonces. Tampoco alcanzan la riqueza y variedad de la información aportada por algunos viajeros extranjeros como Joseph Townsend en sus recorridos por España. Pero en sus diarios y correspondencia observamos la misma curiosidad enciclopédica, el afán de anotar todo y las ganas de ser útiles; circunstancias que les llevaron a unos logros similares a los alcanzados por los citados autores, aunque con unos objetivos distintos.

(7) Véanse tales requisitos y las principales características del viaje ilustrado en el contexto español en GÓMEZ DE LA SERNA, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974, pp. 13 y 81-89. Estas condiciones ya fueron explicadas de una manera práctica por el Conde de Fernán Núñez a sus hijos, valiéndose de la experiencia de haber visto a numerosos viajeros españoles llegados a Francia. Véase la *Carta de Don Carlos de los Ríos, XXII Señor y VI Conde de Fernán Núñez y a sus hijos*, París, Imp. P. Didot, 1791, pp. 98-139. CADALSO también abordó este tema con parecida orientación en las “Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes”, insertas en *Los eruditos a la violeta* (Sevilla, Alfar, 1982, pp. 63-68). De cumplir tales requisitos, el hipotético viajero tendría una imagen de los franceses muy parecida a la que el propio CADALSO presenta en la Carta XXIX de las *Cartas Marruecas* y en *La defensa de la Nación Española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, ed. G. MERCADIER, Univ. de Toulouse, 1970, pp. 33-4.

(8) Véase su *Viaje fuera de España* (1785), Madrid, Aguilar, 1988.

(9) Véase P. DE DEMERSON, “El viaje por Europa del marqués de Ureña (1787-1788)”, *Homenaje a JOSÉ A. MARAVALL, I*, Madrid, 1985, pp. 457-471.

La vida de Viera y Cavanilles en París transcurría entre las obligaciones propias de su trabajo y las de su condición de hombres ilustrados. Como tales acudieron a las más conocidas tertulias y a las diferentes academias. Allí, según cuenta Viera, conocieron a Voltaire —a punto de fallecer—, D'Alembert, Benjamin Franklin y otras destacadas figuras. El abate canario nunca manifiesta su opinión acerca de estos personajes, pues su diario es un ejemplo de calculada ambigüedad a la hora de presentar personajes conflictivos. Es evidente que reconoce la superioridad intelectual del movimiento filosófico que se estaba dando en Francia, que consulta y admira la obra de los enciclopedistas y que procura estar al tanto de las últimas novedades llegando a pedir, como lo haría después en Roma, licencia para leer libros prohibidos. Apenas muestra, además, prejuicios intelectuales y está alejado de las posturas apocalípticas tan habituales en el clero español de la época. Sin embargo, jamás se define explícitamente a favor del pensamiento filosófico que predominó en los ambientes innovadores de la Francia dieciochesca.

Las razones de la citada ambigüedad pueden ser múltiples. Desde la autocensura hasta su condición de servidores de unos nobles españoles, pasando por la tal vez más decisiva: Viera y Cavanilles desean participar en aquella vida cultural parisina, tan brillante y elegante, sin necesidad de identificarse ideológica y filosóficamente con los sectores más significativos e innovadores de la misma. Lo hacen sinceramente, sin ninguna intención de ser unos "eruditos a la violeta". La fascinación que ejerce sobre ellos París es —aparte de la cultural y científica— la de la elegancia y el refinamiento, la de una nobleza culta que coexiste con sus filósofos un tanto díscolos; la fascinación ejercida por unos grupos sociales que cultivan la cultura como una seña de identidad, en abierto contraste con una nobleza española mayoritariamente vulgar que acabará entusiasmándose con el "majismo". Ese contraste es el que admiran Viera y Cavanilles, los cuales encuentran en el París selecto un marco adecuado para disfrutar del mecenazgo de los nobles españoles a los que servían con fidelidad y cariño. Desde esa postura apenas era posible el contagio de las ideas más "heterodoxas" o polémicas. Si las citan, si llegan a conocer a sus protagonistas, es en cierta medida porque forman parte del saber estar en el París de aquella época.

Dentro de ese mismo saber estar entra el interés por las ciencias experimentales. La más selecta nobleza parisina asiste a los gabinetes científicos como si se tratara de un acto social. Incluso está de moda que determinados nobles monten sus propios laboratorios. Los nobles españoles a los que servían nuestros abates también sintieron la llamada de la ciencia y, según cuenta Viera, asistieron a las clases de física experimental impartidas en casa de Mr. Sigaud de la Fond. De los trece alumnos, cinco eran españoles: el duque del Infantado, el conde Carlet, el marqués de Viso y nuestros dos inquietos autores. El curso estaba dedicado a los "aires fixos", tema sobre el cual el propio Viera compuso un largo e insufrible poema donde, además de

explicar los aspectos científicos, se hace un canto a los principios de la navegación aeroestática (10).

Pero la física no colmaba su interés y empezaron a asistir al curso de química y mineralogía impartido por Mr. Sage en su casa; siendo el alumnao "tan lucido que se contaban algunas damas principales, obispos, señores de las órdenes reales, abates, militares, religiosos, etc." (*Apuntes...*, pp. 86-7). También asistieron a las clases de Historia Natural impartidas en el gabinete de Mr. Valmont de Bomare y descritas así por Viera:

"En suma: el aparato del gabinete, el concurso, la larga mesa que se veía en el centro cubierta con muestras de las producciones más exquisitas de la Historia natural: el orador a la cabeza del concurso, ya sentado y ya de pie en una especie de nicho que hacía la pared de la sala; y sobre todo lo patético de su sermón, todo infundía no sé que género de entusiasmo o idea religiosa y sublime de la naturaleza, que se miraba allí con templo, culto, panegerista, fieles, etc." (*Apuntes...*, p. 89).

Dado ese ambiente entre lo sublime y lo religioso, no nos debe extrañar que en la Nochevieja de 1777 Viera y Cavanilles, junto con algunos nobles, celebrarán la fecha reunidos en el gabinete de Mr. Sigaud, "que trató de la hidrostática y los tubos capilares".

Ignoramos hasta qué punto los aristócratas asistentes a estas elegantes clases aprovechaban la oportunidad de conocer los avances de la ciencia, pero nuestros abates sacaron buen partido. Todos conocemos la importancia de la obra de Cavanilles en el campo de la botánica y Viera, por su parte, fue historiador de su comunidad natal y el alma mater de una excelente Historia natural también de las Islas Canarias (11). Pero, además, mostraron gran interés por aspectos científicos y tecnológicos más curiosos. Viera llegó a interesarse por "un catre de nueva invención contra los chinches" y tuvo una entrevista con Mr. Georget, "célebre cerrajero, inventor de un nuevo género de cerradura de secreto". El y el marqués de Santa Cruz llevaron su "inquiétude científica" hasta la compra de

"(...) unos sombreros de cámara obscura, es decir que en la ala delantera había modo de levantar un espejito con un alambre, una lente para aumentar los objetos y alrededor de la copa un tafetán ligero, que dejándose caer hacia el rostro formaba ante los ojos un hueco obscuro en donde se podía colocar un papel para ver en él pintados los expresados objetos externos bañados de luz". (*Apuntes...*, p. 125).

- (10) *Los aires fijos*, Las Palmas, 1876. SEBASTIÁN DE LA NUEZ considera que los viajes por Europa de VIERA fueron fundamentales para dar una orientación más "ilustrada" a su poesía. Véase "Viera y Clavijo poeta ilustrado", *A.L.E.U.A.*, n° 2 (1983), pp. 155-176.
- (11) La obra científica más importante de CAVANILLES es *Observaciones sobre la Historia natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia*, Madrid, Imp. Real, 1795-97, 2 vols... De VIERA Y CLAVIJO véanse *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, ed. A. CIORANESCU, Tenerife, 1982; y el *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias*, ed. M. Alvar, Madrid, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982.

¿Qué aspecto tendrían el marqués y el abate con tan prodigioso sombrero? Pero lo más llamativo es la afición de Viera a la navegación aeroestática. Tras su vuelta a España, se empeñó en introducir este insólito interés por unos artilugios considerados por entonces en Madrid como diabólicos. En su correspondencia con Cavanilles, que seguía en París, le pide información sobre los avances de dicha navegación, realizados por el entonces popular Montgolfier y anotados también por el escéptico A. Ponz (12); le llegan las noticias de los últimos accidentes..., pero nada impide que al final consiguiera volar en globo por "los aires de Aranjuez".

Cuando los pocos investigadores que se han ocupado de Viera buscan el porqué de la sutil persecución a que fue sometido desde entonces, y la presión indirecta que sobre él ejerció la Inquisición, las respuestas tienden hacia una posible heterodoxia. No creo que Viera fuera un heterodoxo en el sentido convencional. La razón habría que buscarla, al menos parcialmente, en esa imagen de un sacerdote que ha abandonado su aspecto barroco, se ha peinado al modo francés, se ha convertido en un abate refinado y monta en globo. ¿Necesitaría, además, manifestar algo heterodoxo para ser molestado por los tradicionalistas de la época?

Viera y Cavanilles viven en París como unos verdaderos "abbés" franceses, disfrutando intensamente de la vida social. Acuden a fiestas, pasean en compañía de bellas damas por los jardines de Luxemburgo, se maravillan del encanto de los Campos Elíseos, asisten al teatro, al circo y hasta a algunos bailes. Cavanilles parece más moderado y centrado en sus plantas y libros, pero el diario de Viera —tan admirador de la belleza femenina y de los placeres mundanos— es agotador en este sentido. Ambos se pasean en coche por las calles parisinas y admiran la vitalidad de un París selecto y alegre. Jamás se les ocurre pensar en la existencia de otros barrios menos afortunados, otros ambientes ajenos al del "lucido concurso" de los teatros o los paseos aristocráticos. No existe otro mundo que escape a la fascinación que la nobleza parisina ejerce sobre ellos. De ahí que Viera muestre una total satisfacción al anotar en su diario que

"Nada de nuevo ha ocurrido durante estos días por no serlo algunos paseos por los jardines de Luxemburgo, y Palais Royal, sitios de lucidos concursos de damas, y de refrescos de sorbetes, entradas en diferentes librerías, asistencia a la asamblea de literatos y artistas donde estuvo el célebre Americano Franklin..." (*Apuntes...*, 20-V-1778).

El programa ideal para un ilustrado que casi se encontraba en el mejor de los mundos posibles. Un mundo localizado en París, pero que era el de la nobleza europea que en su mayoría imitó el modelo francés. Viera lo

(12) *Op. cit.*, p. 400.

pudo comprobar cuando viajó por Austria, Alemania e Italia (13) llevando el mismo tipo de vida que durante su etapa parisina, reanudada brevemente en 1781.

Los testimonios de nuestros abates revelan su interés por las últimas publicaciones parisinas, aunque el mundo literario atrae más a Viera que a un Cavanilles centrado en la botánica ("romances y papelotes que me molestan muchísimo", así definía las novedades literarias). Ambos anotan sus compras de libros y el valenciano llegó a ser durante su larga estancia en París un distribuidor de las novedades que aparecían. Mandaba libros a Viera a partir de 1779, pero también tenía una relación similar con otros ilustrados españoles descosos de conocer las novedades editoriales. Esta familiaridad con la cultura de la etapa inmediatamente anterior a 1789 no se traduce casi nunca en comentarios críticos. Sabemos que leyeron a Voltaire, asistieron a representaciones de obras de Diderot, conocieron a los enciclopedistas..., pero sus posturas a menudo resultan ambiguas en los testimonios escritos que nos han dejado. Tal vez no fuera así en la realidad y todo se redujera a una prudente y justificada autocensura. No obstante, nos decepciona comprobar, por ejemplo, que tras asistir a una representación de Diderot Viera sólo anote lo lucido del público que acudió al teatro. Hay una especie de temor a mostrar una opinión propia ante los hechos, las lecturas, las visitas... que pacientemente anotan en sus textos -Viera se maravilla al conocer el número exacto de vacas, terneras y cerdos que se consumían diariamente en París. Esta actitud se justifica en parte por el afán empírico y notarial tan habitual en muchos viajeros ilustrados, que a veces llegan a desaparecer de sus propios textos. Pero este rasgo por desgracia se traduce en un vacío para quienes intentamos captar cómo vieron estos dos sujetos el mundo del París que caminaba hacia la Revolución.

A pesar de esto último, Viera manifestó explícitamente una opinión favorable a la capital francesa que conoció. Una opinión que, al mismo tiempo, es una crítica a la España oscura y mediocre de su época. Así lo señala en la carta que dirigió a su amigo A. Capmany en agosto de 1777:

"Hay mucho que decir de este inmenso pueblo, donde aunque tal vez no se vea nada de nuevo, se ven todas las cosas en grande, y lo grande admira. Protesto que no quiero que huela a elogio la idea que formo de París, ni que parezca ligereza de un nuevo abade empolvorado la satisfacción que me ocasionan muchas excelentes circunstancias que voy notando. Mas sin embargo, amigo, es menester confesar, aunque español y sabidor de la historia de Carlos V, que el género humano tiene aquí el monumento más incontestable de su perfectibilidad, esto es, de los progresos de su civilización y de su industria, que otros no dudarán en llamar corrupción, licencia, refinamiento, lujo y vida

(13) Véase mi artículo "El viaje a Italia de Viera y Clavijo", *Quaderni di Filologia e Lingue Romanze*, nº 6 (1991), pp. 5-20.

sensual. Cuánto celebraría yo que fuese Vmd., testigo de esta sensualidad del gusto, de esta corrupción de las ciencias, de este lujo de todas las artes, de este refinamiento de la sociedad, para condenarlo después en medio de Castilla la Vieja, en cuyos lugares, como solemos leer, en nuestra Academia, hay siete vecinos y medio, un zapatero de vieja, veinte pobres de solemnidad, cuatro seres vacunos..." (14).

Tras leer esta carta comprendemos que al regresar a España Viera comunicara a su amigo la añoranza por los meses vividos en París. El contraste era inevitable y así lo comprendió el propio Cavanilles —cuya opinión sobre París distaba mucho de ser tan positiva (15)— en carta dirigida a su correspondiente:

"Mi estimado amigo: No me causa novedad el letargo de la nación, ni el enojo que manifiesta contra lo que llaman novedades del otro lado de los Pirineos, pues deben andar siempre tan unidos, que se desvanecería aquél en el momento en que se empezasen a descubrir las luces. No es decir esto que no lo siento, pues le aseguro que me entristece la pintura que me hace de nuestros paisanos. Pero, amigo, no hay más consuelo que el desespero y la firme resolución de evitar hombres indignos de sociedad por ser enemigos de que haga algunos pasos la razón. Yo celebro que en esa Monomotapa esté Vm. bueno, en medio de no descubrir sino animales parecidos a los hombres..." (París, 2-III-1779).

Sin embargo, los "pasos de la razón" desembocaron en 1789. No hay una relación de causa-efecto entre el ambiente ilustrado admirado por Viera y Cavanilles y la Revolución. Incluso se puede afirmar que 1789 es el inicio del fin del mundo al que habían aspirado nuestros sacerdotes, incapaces de comprender el porqué de unos acontecimientos que les eran ajenos. Así lo percibimos en la correspondencia de Cavanilles con Viera, donde —a instancias de este último— el valenciano da cuenta de la vida política francesa. Su visión de lo que es "política" se circunscribe al mundo diplomático y militar, a las alianzas y las guerras, sin que los conflictos internos tengan importancia. Es lógico, pues, que jamás haga referencia a las circunstancias que condujeron a la Revolución; simplemente, los protagonistas de la misma eran unos actores que no existían en el escenario vital de Cavanilles. El suyo era el mundo de la nobleza a la que servía y la botánica; sus contactos con el exterior eran los justos para poder ser un ilustrado culto y elegante y en ellos los futuros revolucionarios no tenían ninguna razón de ser. Lo mismo le habría ocurrido a Viera, a pesar de que durante su estancia en París se mostrara más inquieto y curioso.

(14) Véase VIERA y CLAVIJO, *Cartas familiares escritas por --- a varias personas esclarecidas...*, Tenerife, Imp. Isleña (s.a.), p. 2.

(15) Véase sus cartas desde París a VIERA de los días 21 de noviembre de 1779 y 8 de enero de 1780.

Este voluntario aislamiento de Cavanilles se manifiesta claramente el 14 de julio de 1789. Por entonces se encontraba en la localidad de Issy, al borde del Sena, intentando aliviar los calores y recuperándose de su maltrecha salud mientras paseaba por los jardines que tanto le apasionaban como botánico. Ese día escribió a su amigo Viera y pensó que, ante la falta de sucesos interesantes, bien podría contarle cómo estaba el tiempo, su salud e informarle acerca de las últimas novedades en botánica. No fue, ni mucho menos, el único en ignorar la trascendencia de aquella fecha, pero es significativa esta actitud aferrada al mundo que iba a ser convulsionado por la Revolución. Cavanilles, ilustrado español que con espíritu crítico vivía felizmente en el Antiguo Régimen, había hecho su elección en París y en ella los sucesos revolucionarios no podían tener ningún sentido o interés.

Sin embargo, en septiembre de 1789 la inquietud empieza a dominar en el espíritu de Cavanilles. El proceso revolucionario toma consistencia y se siente rodeado

“... de un pueblo muy distinto del que Vm. (Viera) conoció, que intimida y acaricia, destruye y corta con ánimo de regenerar. Muchísimos se quejan, y los otros ríen; pero yo, en medio de esta revolución y escenas trágicas, me mantengo agarrado a mis plantas, sin cuidar ni preveer a dónde caerán los golpes y ruinas y sin calcular hasta dónde llegará la comición (sic)” (16).

Ante el temor de que los golpes cayeran sobre los nobles españoles a los que servía, en octubre abandonó París en su compañía y junto con otras muchas familias de la nobleza, y sus fortunas. Una vez en Madrid, se dirige de nuevo a Viera:

“... ya he vuelto para siempre a mi patria; ya he dejado aquella Luceia, delicias en otro tiempo de los hombres y hoy día laberinto, horror, infierno; ya he dejado, tal vez para siempre, mis amigos y compañeros en la botánica, los ricos herbarios y los jardines que encierran el mundo entero. Las persecuciones que experimenta todo hombre, mayormente los ricos, y sobre todo los clérigos, me obligó (sic) a zafarme, oculto y disfrazado, y forzó a los Señores a abandonar aquella ciudad”. (Madrid, 25-XI-1789).

Oculto y disfrazado nuestro ilustrado Cavanilles abandonó el Antiguo Régimen. No podía hacerlo de otra forma y Viera, a pesar de su mayor audacia, lo hubiera hecho igual. ¿Cuántos ilustrados españoles se habrían quedado en París? Pocos, ya que el girondino Marchena es casi una excepción dentro de nuestra cultura dieciochesca. Frente a él y unos pocos más nos encontramos con sujetos del talante de Viera y Cavanilles; inquietos, ansiosos de conocer, abiertos a nuevas experiencias, pero que encontraban su marco ideal en esa exquisita civilización mundana, lujosa, culta, curiosa y

(16) París, 8-IX-1789. Viera se hace eco de estas noticias en carta dirigida al marqués de Santa Cruz (véase Romeu, *op. cit.*, p. 91).

altamente sofisticada de los años inmediatamente anteriores a la Revolución. Ellos habrían suscrito las palabras de Charles-Maurice de Talleyrand-Périgod: "Quien no ha vivido antes de la Revolución no conoce lo que es la dulzura de vivir". Ellos la conocieron y la añoraron, sobre todo al regresar a una España donde era imposible. Acosados por los sectores tradicionalistas, sin perspectivas históricas propias y superados poco después por el incipiente liberalismo decimonónico, Cavanilles y Viera muestran hasta qué punto la Ilustración empezó a ser pasado en España a partir de 1789, aunque este proceso ya se hubiera iniciado antes.

Un pasado vivo en el camino hacia nuevas fórmulas históricas. Pero, en resumen, lo que prevalece en nosotros es la imagen de unos sujetos tal vez incapaces de percibir el sentido histórico de su época y, al mismo tiempo, inquietos, curiosos, emprendedores y cultivadores de un concepto de la cultura donde la elegancia es algo más que una cuestión de formas. Ésa es una herencia que ninguna revolución debe arrinconar.

Universidad de Alicante